La Novela Sugestiva

HEMEROTECA MUNICIPAL
MADRID



50 CTS

EL BARON DE MONTENEGRO

El Club de los queridos

EL CLUB DE LOS QUERIDOS

La Novela Sugestiva

EL CLUB DE LOS QUERIDOS

por

EL BARÓN DE MONTENEGRO

Ilustraciones de
DEMETRIO

7

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012.

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica; que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 18 MADRID



EL famoso periodista «Don Helicóptero», célebre por sus «Cartas a la Luna», dirigidas cada noche desde la plana primera de su diario—el maravilloso rotativo *La Luna*—, acababa de registrar en su delicioso archivo epistolar este síntoma social: «La Policía ha tenido confidencia de un hecho que, indudablemente, nos coloca a la cabeza de la civilización. Los veintitrés mil sirvergüenzas—¡oh, perdón por la frase!—, los veintitrés mil galanteadores, anfibios, ambidestros o ambisexos—como ustedes quieran decir—que figuran en el popular fichero del ministerio de Seguridad Pública, se disponen a inaugurar un Club y a asociarse, con fines de defensa y, según nuestras noticias, con idea de fundar para sus adheridos una entidad benéfica con médico, botica y sepelio, y hasta un Montepío con retiros para la vejez.»

Esto dice, no sin ironía, el encomiable director de *La Luna*, y no hay hipérbole en suponer que tan atrevido proyecto—atrevido para los tradicionalistas y reaccionarios, no para los que ya nacimos en los umbrales del 1900—; el citado proyecto—decíamos—es, en verdad, digno de un país moderno. Véase el modelo que Yanquilandia nos ofrece con sus *clubs* y sus *dancings* de gente maleante (asesinos, ladrones, invertidos, etc), donde la policía neoyorquina entra, revólver en mano, sí, pero sin molestar a la distinguida concurrencia, salvo caso de agresión o escándalo.

Por eso, la noticia que «Don Helicóptero» transmite, lejos de asombrarnos nos parece muy natural, muy oportuna y hasta necesaria, porque la profesión de galanteador iba siendo tan poco apreciada que ya mucha gente no se recataba de decir en público de un individuo del que se sabía positivamente explotaba su influencia erótica con mujeres de toda condición:

—¡Ese Fulano es un chulo!

Y, francamente, contra el agravio de juzgar y calificar la vida privada de nadie, la sociedad, sobre todo «cierta sociedad», debe prevenirse. De soportar más tiempo esta manía anarquizante del prejuicio, o del juicio definitivo, no sabemos qué será peor, ¿qué iba a suceder con muchas de nuestras más empingorotadas personalidades y hasta con alguna de nuestras más altas instituciones? Y, en efecto, hoy llega a nuestras manos—en concepto de cronistas sociales, claro—, confirmando la noticia del genial periodista que dirige *La Luna*, la siguiente circular-manifiesto:

EL «MACRO-CLUB»

ALTA SOCIEDAD DE
DEFENSA MUTUA
Presidencia

Madrid, 30 de marzo de 1930

Sr. D.....

Muy señor nuestro: Los hombres de sociedad *que vivimos al día, que captamos a diario las ondas de la radio universal y sustentamos el prestigio de Venus y de Apolo de Júpiter, padre, y de Eros, hijo, ante los peligros que amenazan nuestra independencia, legalizada y protegida en los países más civilizados, hemos decidido asociarnos bajo el título que reza el membrete y aprestarnos a una lucha de defensa social y gremial, solicitando su generoso apoyo y concurso, por lo que rogamos a usted nos honre con su asistencia a la magna asamblea nacional que a este propósito se celebrará en el teatro de la Opera de Madrid, el próximo martes de abril, día trece, a las trece del día.*

De usted afmos. s. s. s. s.,

Por el Comité Ejecutivo,
El duque del Plátano Florido

La trascendencia social del reproducido manifiesto justifica la oportunidad de la presente historia.



QUIÉN ha importado la palabreja? Se ignora. Parece, sin embargo, que la procedencia es de pura estirpe barcelonesa, y que criada en la llamada ciudad condal, es flor de las Ramblas. *Macró* es sinónimo de chulo; síntesis de desvergüenza, símbolo de envilecimiento.

Madrid era hace diez años, a pesar del juego, una ciudad paradisíaca, un pueblo grande, ingenuo, casi infantil. Con el reinado de *Tentaté,* Oria y Nao, el detritus cosmopolita, esa cosa que han dado en llamar fauna social, descubrió este viejo rincón del mundo y *se volcó*—valga la palabra—sobre Madrid, tierra virgen para la explotación viciosa.

Barcelona dió el mayor contingente. Tahures y chulos, allí en descrédito o perseguidos, arribaron

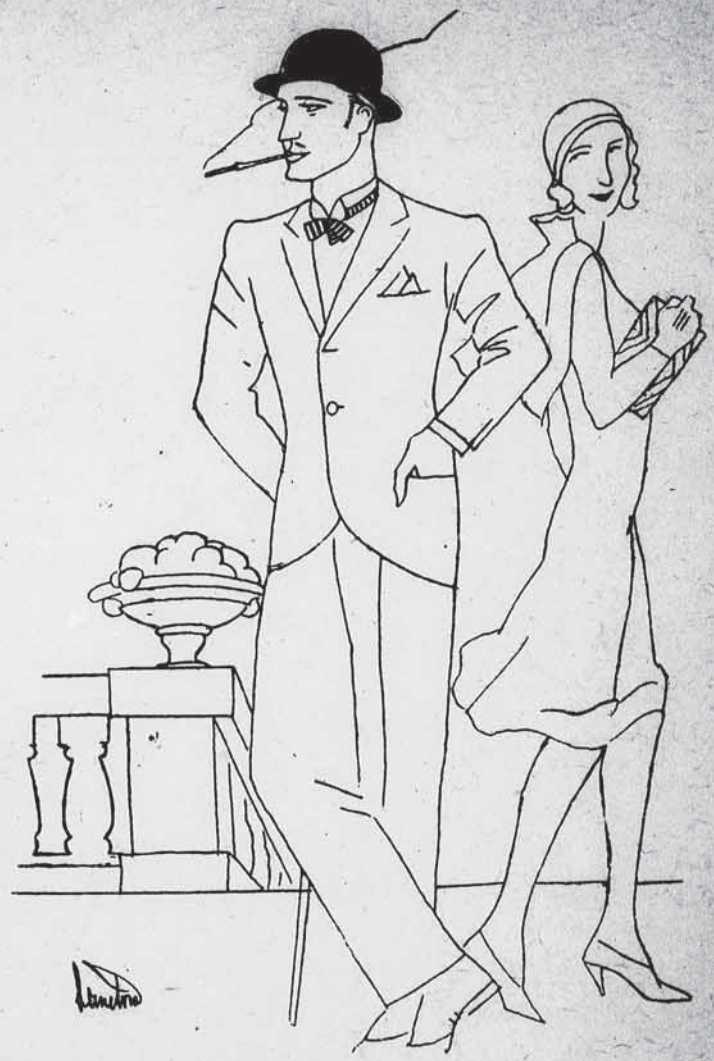
a las riberas del Manzanares y se asentaron en la villa de Carlos III como en lugar de conquista.

Los años del juego hicieron la vida fácil, porque la codicia abrió la bolsa de los más herméticos avaros y el dinero corrió como una bendición de Dios y fué traído y llevado para vencer escrúpulos varoniles y romper virtudes femeninas, que cayeron, más que por las tentaciones, por el uso del jabón y del baño.

Hay que reconocer que creció la prostitución. Pero yo no sé qué será peor, más humillante para la sociedad, si la ramera que declara su comercio o la otra que pudiéramos llamar vergonzante, que se esconde tras el tapujo de la pensionista que se anuncia «por palabras» en los periódicos, pidiendo un huésped único o el préstamo de un caballero honorable. Socialmente, la prostitución más higiénica es la declarada, porque a ésta se la obliga a pasar por la Sección de Profilaxis municipal.

* * *

El caso es que Madrid repentinamente adquirió un matiz de europeísmo que cristalizaba en la libertad de acción de golfas y *macrós;* lo mismo que se dice de un mundo: se ha yanquizado, standardizado, por su hermetismo orgánico, por la su-



Gracejo, inteligencia nula

misión a la colectividad, por el suicidio de toda acción individualista, decimos que Madrid, a fuerza de golfería, se europeiza.

Todas las fuerzas sociales que integran una colectividad tienden no sólo a su expansión, sino a la ampliación. Llegó un día en que el chulo—arrasado y extirpado el juego en sus raíces—se vió encogido, reducido, limitado su horizonte, y entonces buscó, como la planta de prematuro desarrollo, la manera de vivir, escapando a la fuerza inerte que la contenía. El chulo, el explotador de mujeres estúpidas o degeneradas, carentes de la más vulgar inteligencia, encontró un filón inexplotado: la inversión sexual, y por este camino creyó ir a la solución de sus necesidades.

Ya ensanchado el campo de acción de estos seres imperseguibles—porque el medio coercitivo tendría que alcanzar eminencias sociales—, Madrid acabó de aceptar y justificar el sentido exotérico de la palabra, no traducida, sino importada, y el *macró* quedó destinado para signo de una clase de hombrezuelos dedicados a explotar la credulidad o el vicio femeninos, y al propio tiempo el vicio masculino en su más torpe aspecto, al amparo de gracias físicas más o menos positivas.

Y sin juego, acogido a los cabarets, donde ahora se cultiva el viejo y desusado derecho de asilo, el *macró* llegó a adquirir personalidad, creando,

con su aparición, una picaresca que aún no ha conquistado categoría literaria como la de nuestros prodigiosos sinvergüenzas del siglo XVII. Porque, al fin y al cabo, ladrón y *macró* son catequizantes de la inmortalidad presidiaria.





El duque del Plátano Florido era uno de nuestros más populares aristócratas arruinados. Prototipo de elegancias, esbeltez de cuerpo, simpatía de rostro, gracejo, inteligencia nula, había heredado de su padre la dorada inutilidad de muchos *sangre azul*—el dedicar a cada hora el traje, los guantes, los botines adecuados—; de su madre, la despreocupación económica; de su tía—la pobre *tita* Agueda—, los escasos miles de duros que ya había gastado y la renta de una casa de la calle de Santa Isabel, tantas veces hipotecada que estuvo a punto de llevar a la cárcel a su dueño.

Vivía en una casa del barrio de Salamanca, en un bajo suntuoso, según la moda de principio de siglo, sin más compañía que la de una vieja ama de llaves «que lo había visto nacer» y una criadita

que cambiaba todos los meses, porque el señor duque había hecho costumbre del no pagar a los servidores y, como sus antepasados, pretendía convertir las muchachas de servicio en concubinas...

—Para los días malos en que le abandona a uno la querida...—confesó cínicamente en el casino.

No será preciso declarar que no pagaba la renta del piso—la casa pertenecía a un pariente suyo en tercero o cuarto grado, que practicaba la ley de la hospitalidad muy cristianamente..., claro que sólo con los de su casta—. Tampoco satisfacía los recibos del Casino de la Gente Bien, y en ocasiones llevaba una existencia fastuosa con la ayuda de cualquier duquesa millonaria de esas que aun se permiten el lujo de costearse queridos, igual que sus esposos les ponían pisitos y dotaban a las *nurses* o a las doncellitas de tipo espigado y moral acomodaticia.

En suma, que este ilustre duque del Plátano Florido, popular en Madrid, como un nuevo Tamames, era—dicho sin paliativos—un chulo, un *amant de cœur*, o como se dice ahora: un *macró*.

Y atentos los directores del nuevo organismo a proporcionar a éste el máximo prestigio con los más altos valedores, eligieron para su presidencia una tan destacada personalidad, al igual que hacen los grandes Bancos llevando a sus Consejos de Administración figuras decorativas con un ex a las espaldas ministeriales.

Los *macrós* que en su afán de conquista se habían ido extendiendo desde los suburbios de París a la ciudad de Marsella y de aquí a la industriosa Barcelona, al irrumpir en Madrid se encontraron con una novedad poco agradable: la investigación policíaca.

Acababan de ventilar las dependencias del Ministerio de Seguridad Pública aires de Europa y de Norteamérica, y en la reforma, lo primero que se acordó fué la persecución de los *sin oficio;* de esa cantidad de gentes que, sin medios de vida conocidos y sin incurrir en delitos calificados, pueden aparentar una existencia fácil y placentera.

Muy pronto se les conoció, naturalmente, y se supo que eran... *eso:* guapos del gusto de mujerzuelas e invertidos de quienes los *macrós* obtenían los medios de subsistencia. Entonces la Policía procedió a su reconocimiento. Fué encarcelándolos por diferentes motivos: escándalo, faltas a la autoridad, actos inmorales, etc., etc.; a cada prisión, una huella dactilar y un retratito, y en seguida, una ficha.

Fué tan completo el archivo que llegaron a figurar en él altas personalidades. De los cargos subalternos, ¿para qué enumerar? En fin, con decir que en la actual organización del archivo figuran veintitrés mil fichas se dará cuenta el lector del éxito que eso del *macroquismo* está consiguiendo.

Cuando la Policía, entretenida con otros acon-

tecimientos de carácter político, olvidó un poco a los *macrós,* un buen día, es decir, un mal día, se le ocurrió a un periodista barcelonés comentar el hecho sintomático de una chulería enriquecida, ostentosa e influyente. La Prensa, devoradora de sucesos, se nutrió durante unos días con la información antichulesca, lo que hizo volver sobre tanto «caballero» la atención de agentes y detectives.

—¡Esos periodistas! ¿Se han de meter en todo? Traílla de hambrientos...

* * *

La chulería había ido incrementándose de tal forma que, ya he dicho en página anterior, contaba entre sus *oficiantes* a notables figurantes del foro, la literatura, la ciencia, sin contar con la clase popular, que también tenía su corazoncito...

Pero la Policía, a todo esto, empecinada en no dejar vivir tranquilos a los pobres *macrós*. Y entonces nació en el seno de la muchedumbre indecente y desvergonzada la idea de asociarse, de formar un partido, de fortalecerse y oponer una resistencia organizada a la persecución arbitraria de los que si no chuleaban era porque no podían.



La primer reunión tuvo lugar en un café-bar de la plaza de Lavapiés, donde se reunían «el Niño de las Pestañas Rizadas», «el Carita de Angel», «el Pichón» y «el Avariósico».

Describiré brevemente el origen de los apodos: «El Niño de las Pestañas Rizadas» había gozado en su casi remota juventud de unas prodigiosas pestañas rubias que fueron el columpio de todas las ilusiones eróticas de golfas y maricas de casa pública. Hasta que una querida—la que lo usufructuaba ocasionalmente—se las abrasó con vitriolo en un ataque de celos.

«El Carita de Angel» llamaba la atención por su aspecto femenino.

No puedo declarar el verdadero origen del apodo de «el Pichón». Y ya calcularán los lectores por qué le decían «el Avariósico» al personajillo señalado por el destino para ser, en su día, el adalid retórico de la nueva organización.

En aquel antiguo tupi—de los clásicos de pianola—se celebró, como decía, la junta de fundadores, y en ella se acordó la busca de prosélitos y el requerir la adhesión franca de las personalidades *del* partido.

Se inició una intensa propaganda que tuvo por escenario las casas de prostitución, los cabarets y algún colmado de última hora. También se enviaron agentes propagandistas al Casino de la Gente Bien.

Los socios fundadores, como los de tantas otras entidades, eran cuatro vividores que se buscaban un empleíto o unas pesetillas al amparo de una campaña de defensa profesional, a la cual, para adquirir preponderancia y relieve, sólo le faltaba fundar un periódico.

Con la incorporación de adeptos se planteó una imperiosa medida: la constitución formal de una Directiva, la proclamación de unos Estatutos y el reconocimiento, por la autoridad gubernativa, de la personalidad jurídica de la nueva Sociedad.

Con «el Niño de las Pestañas Rizadas», «el Carita de Angel», «el Pichón» y «el Avariósico», constituyeron la nueva Directiva «el Pollo Tejada», viejo esgrimidor y concurrente a la cuarta de Apolo del año 900, actual mantenido de la «Marquesa de don Rodrigo en la Horca»; «el Futbolista», un «as» del balón; «el doctor Fausto», un catedrático que no envejecía nunca, y «la Violeta», un antiguo político más ruboroso que

una de aquellas jovencitas de hace quince años, porque las de ahora no han conocido el rubor.

Pero en la reunión directiva—esta reunión se celebraba ya en uno de los salones del Consejo de Administración de los Ferrocarriles Torrejón de Ardoz a París-Midi—, se declaró caso de urgencia el elevar a la presidencia una verdadera personalidad: nada técnica, desde luego; sí decorativa, popular, simpática.

¿Quién mejor que el duque del Plátano Florido, en la actualidad *sostenido* o *entretenido* de la baronesa de la Isla Bidet (India Checoeslovaca)?

El duque aceptó y además organizó un banquete que se celebró en el comedor de Milagros, la famosa proxeneta de la calle del Clavel Rojo.

Tanta resonancia tuvo el acto que la Policía prohibió los discursos y la Prensa envió a sus fotógrafos y taquígrafos.

Al descorcharse la primer botella de «Cliquot» el duque del Plátano Florido pidió a los comensales que entregasen todos sus direcciones a «el Avariósico» para enviarles oportunamente las convocatorias de Directiva, junta general y asamblea, respectivamente, en las que se confeccionaría un reglamento, primero, y se procedería a la apertura de una suscripción pública con objeto de edificar el palacio donde los *macrós* madrileños tendrían su casino y su parodia de Parlamento.

—Ante todo, alquilaremos una casa cualquiera, hacia el barrio de Argüelles—propuso «el Carita de Angel».

Un chusco, de los que no faltan en ninguna Sociedad, preguntó si la precisión del barrio de Argüelles era por estar cerca de la Cárcel. La bromita se acogió con reservas. «El Pollo Tejada» exteriorizó un temor:

—En las grandes colectividades, siempre surge un Judas.

Otro chusco propuso que a la palabra Judas le sustituyeran las vocales.

Al día siguiente la Prensa publicó en su primera página un título a toda plana que decía así:

«*Los queridos se asocian*»

Un diario gráfico informó a sus lectores de haberse inaugurado, a media luz—decía—, el nuevo «Club de los queridos».

«El doctor Fausto», con su cinismo habitual, propuso el nombre para el casino:

—«Macró-Club». ¿No empiezan ya las chuflitas periodísticas? Anticipémonos a ellos. Imitemos a la cortesana, que adelantándose a toda crítica y censura les escupe en la cara a los timoratos y a los hipócritas: «Yo soy una... tal.» Y ante confesión semejante no hay comentario posible.

El duque del Plátano Florido se escandalizó:

—Hombre, hombre. Hagamos lo que nos parezca menos trae. aquí el asqueroso vocabulario callejero. Estamos «entre caballeros».

Protestó «el Pollo Tejada»:

—¡Eso sí que no!

—¡Don Teodomiro!

—¡Eso sí que no, repito! Aquí las personas decentes no somos más que una docena...

—Se sobreentiende—aclaró «el Avariósico»—. En muchos partidos políticos pasa lo mismo.

—Claro, claro—aceptó el duque—. Los sinvergüenzas se amparan en nuestro prestigio; amparo que no es posible negarle a esta gente en vista de los palos de ciego que viene dando la Policía y de la lamentable confusión de reputaciones que hoy impera. Pero ya que la arbitrariedad de presuntos moralistas se ceba en nosotros, obligándonos a convivir con estas gentes, eduquémoslas; que se laven, que no se rasquen en público, que se aguanten los bostezos, que hablen como Dios manda...

—No, no; perdón—exigió «el doctor Fausto»—. En los mandamientos divinos no se dice nada referente al léxico ni al mal empleo de los vocablos gramaticales.

—No empece, no empece...

—¡No empecemos, caray!

Y el ademán suave y correcto del duque fué vencido por el trueno fonético de «el doctor Fausto».



UY pocas semanas después se inauguró un pisito con once habitaciones, convertidas en cuatro salas, en la parte alta de la calle de la Princesa, de frente, sí, a los hierros de la Cárcel Modelo, pero de frente también a los pinos de la Moncloa y a las cumbres azules de la sierra de Guadarrama.

En la primera Directiva formal se nombró una ponencia encargada de redactar el reglamento, siendo elegidos para dar a luz el trascendental documento los tres vocales más caracterizados: «El Niño de las Pestañas Rizadas», «el Pollo Tejada» y «el doctor Fausto»; como secretario, «el Avariósico», y el célebre duque, en funciones de presidente.

Se citó para nueva reunión el jueves de la semana siguiente, y se tomó el primer acuerdo de

orden interior: pasarle el recibo adelantado a los seis mil socios adheridos desde la tarde del banquete en el lupanar burgués de la calle del Clavel Rojo.

Pero la segunda reunión no pudo celebrarse porque el ilustre título galante que los presidía fué detenido en su domicilio por haberle dado una aristocrática paliza a su nueva *madrina de guerra,* la «marquesa de Ahí me las den Todas».

Tuvo que esperarse una quincenita, al cabo de la cual se dió lectura en los salones del «Macró-Club» al proyecto de reglamento, ante la Junta directiva y escasos y seleccionados socios, que fueron llamados en calidad de técnicos.

He aquí algunos capítulos del interesante documento:

... ...

«13. Para poder ser admitido en el seno del «Macró-Club» será esencial y preciso la identificación de la personalidad.»

«14. Teniendo en cuenta que el «Macró-Club» es, ante todo, una Sociedad de defensa mutua, no podrán aspirar a su ingreso las personas que tienen, ante la opinión ajena, eso que han dado en llamar *un buen concepto,* pues se sobreentiende que esta clase de sujetos están bien protegidos por su insignificancia y vulgaridad y las acreditadas conveniencias sociales.»

... ...

«27. Podrá ser socio protector del «Macró-



—Tenemos tanto derecho a la vida...

Club» todo hombre o mujer de espíritu comprensivo y tolerante que, aun no sabiendo compartir las debilidades humanas, tenga capacidad suficiente para perdonarlas.»

«28. Para ser «socio protegido en propiedad» se necesitará no gozar de posición fija, poder demostrar que se merece el que otra persona—el sexo es lo de menos—le dedique sus atenciones y le pague sus necesidades y caprichos, que también son una necesidad.»

... ...

«31. Ningún socio protegido pedirá dinero a los fondos de la Sociedad. Cuando lo necesite, que se lo regalen sus queridas.»

... ...

«33. Cuando se descubra que una querida le ha negado su dinero a uno de nuestros asociados, se le asignará a éste una falta.»

«34. Tres faltas motivarán la expulsión. El «Macró-Club» necesita el máximo prestigio y no puede tolerar fracasados en su seno.

* * *

El reglamento constaba de 40 artículos, quedando anteriormente copiados los que eran esencia y base de la original entidad.

Aprobado el proyecto, se tomaron dos acuerdos llamados «de trámite»: Agradecer su trabajo a

los ponentes y convocar a junta general extraordinaria para el día 13 del mes siguiente, con la advertencia fundamental de que no sería permitido el acceso en el domicilio social más que a la presentación del recibo corriente.





A junta general fué un acontecimiento. Cerca de los seis mil asociados intentaron llegar hasta la sala principal del «Macró-Club», donde apenas cabían trescientos.

Esto sirvió, como es lógico, para excitar las alabanzas de los incondicionales y las censuras de los descontestos, de los cuales nace, naturalmente, el partido de oposición que facilitará en su día los elementos directivos sucesores.

En esta junta fué donde se reveló la aptitud de héroe, de adalid, del señor secretario general, a quien conocemos por su apodo popular de «el Avariósico».

Su primer éxito fué al hacer un retórico preámbulo a la lectura del proyecto de reglamento:

«Se persigue a una casta de hombres que han venido a la tierra sin acto expreso de su voluntad,

por designio desconocido, y en esta persecución se pone un rencor incomprensivo y un matiz burlón tan insultante que nadie sabe qué es más injusto, más intolerable, qué agravia más, si la ira o el gesto humorístico del ofensor. (Bravos.)

»Tenemos tanto derecho a la vida y a crearnos voluntariamente los medios de ella como el aspirante a subsistir de un modo sedentario el recluirse en un claustro... (Risas.)

»¿En qué ofendemos a nadie? ¿A quién le quitamos cosa de su propiedad? Vivimos por nuestros propios medios y, en general, merced a nuestro trabajo. Porque nuestro oficio requiere un esfuerzo, una labor, a veces un estudio, y en muchas ocasiones produce un verdadero desgaste. (Voces de ¡Muy bien, muy bien!)

»Consideremos brevemente lo que los médicos psiquiatras llaman el antecedente psicológico. ¿Qué fuimos en nuestra niñez? Chiquillos sin gobierno, sin freno, hijos de sujetos patológicos. ¿Cómo nos educamos? En poder de criadas degeneradas, que nos hacían víctimas de sus caricias. Vivíamos lejos de unas madres inconscientes o dedicadas al lujo, cuando no también ellas víctimas de la herencia física. Muchas veces fuimos hijos del encuentro casual, del capricho de una hora, de la pasión degenerada, del descuido vicioso... (Gran escándalo. Un vocerío inmenso hace imposible oír la voz del orador, que extiende los brazos con ademán de suplicar silencio. El presidente rompe tres campanillas. De pronto, en la presidencia surge un hombre y enarbola un bastón con borlas; es el representante de la autoridad. Cuando es mayor el tumulto, el policía-delegado intenta detener al orador. Este, pálido, se resigna. Entonces el público reacciona y hace a «el Avariósico» una ovación imponente. Al cabo de muchos esfuerzos, y—en realidad—cuando las gargantas empiezan a sentir el escozor que precede a la ronquera, se acallan las voces, se debilitan los ademanes y el señor secretario general puede reanudar su discurso.)

»No me habéis entendido. Os quiero hablar sentimentalmente: nos tachan de sirvergüenzas y esto no es verdad; somos, acaso, enfermos.» (Nueva ovación y vítores. Muchas manos buscan en los bolsillos sus pañuelos. En los ojos de la mayoría brillan las lágrimas de la emoción.)

* * *

El cronista de esta historia renuncia a seguir taquigráficamente el discurso. Constituye éste una notable oración, después de la cual, sin dar tiempo a la lectura del proyecto de reglamento, quedó éste aprobado por aclamación.

El duque del Plátano Florido propone se con-

voque a una asamblea de carácer nacional. (Se oye la voz del delegado gubernativo que aconseja: ¡Cuidado! ¡Cuidado!) Por fin se aprueba también este extremo del orden del día y en medio del mayor entusiasmo se levanta la sesión.



RECIÉN nacido, como quien dice, y he aquí que ya tiene el nuevo partido figuras decorativas para sus cargos, adalides para su defensa, personalidad jurídica como Sociedad constituída y, por si algo le faltaba, entusiastas y apasionados. ¿Qué más podía exigírsele? Y si con toda esa fuerza la ambición de estos hombres—ya diez mil en las listas de socios, ¡un éxito mayor que el del Ateneo!—se desborda, ¿adónde intentarán ir con esa seguridad?... ¡Dios mío! ¿Y si pretendieran intervenir en la política?

Pero con tan poca vida y ya se manifestaban en esta entidad los síntomas que socaban otras organizaciones y les impiden avanzar: la divergencia de opiniones, el común afán de mando (el exceso de individualismo es una de las grandes faltas españolas para su progreso; a grandes indivi-

dualidades, reacción frecuente, y por tanto, marcha lenta); también surgían las inevitables envidias.

Por lo pronto, la oposición de criterio más marcada se manifestó entre el presidente, señor duque del Plátano Florido, y el secretario, todavía y siempre, designado por el apodo.

—No dirán ustedes que me opongo a los deseos colectivos; pero creo que se le está dando demasiada publicidad al asunto.

—Si por mí fuera—argüía el aplaudido orador—, aún se le daría más publicidad. Y atacaríamos con mayor denuedo. Por ejemplo, yo obligaría a incorporarse a nuestra agrupación a todos los maridos pobres que se han casado con mujeres ricas, o, de lo contrario, les obligaría a pedir el divorcio.

—Sí, sí. El divorcio que no existe en España.

—Peor para los moralistas. Prefieren el tapujo a la sinceridad. Con la moral sucede lo que con los baños: es cuestión de decidirse. Después se encuentra uno más limpio, naturalmente; pero también más agil y tranquilo.

—Nos van a llamar bárbaros.

—Ahora nos llaman otra cosa más deprimente, amigo duque.

—Calle usted. ¡Somos unos incomprendidos!

—Entonces reconocerá usted que yo sé caminar con paso firme.

—En el procedimiento es en lo que no nos ponemos de acuerdo.

—¿Cuál es su programa?

—Suavidad, disimulo, hipocresía.

—No estoy conforme. Soy un partidario de la acción directa, sin vacilaciones.

—Y yo de combatir al enemigo con sus propias armas.

—Pero entonces no hay combate. Su procedimiento, señor duque, es envolvente, engañoso, de sorpresa.

—Prueba de que soy excelente capitán.

—Miedo se llama esa figura.

—¡Cuidado con las palabras!

—Le combatiré a usted en la próxima Junta directiva.

—Lo sentiré. Pero estimo que su proceder es peligroso.

—No tanto como el suyo.

—Lo veremos.

—¡Lo veremos!

Pesaroso el duque y violento el secretario, rompieron el diálogo con idénticas preocupaciones:

—Este quiere que yo dimita...

—Hay que hacerle dimitir...

—Sólo que yo no dimito.

—No dimitirá por no perder las dietas.

—Ese tipo quiere cobrar mis dietas...

He aquí, lector, cómo dos personas que discuten pueden estar de acuerdo sin estarlo.



A pública reunión del «Macró-Club», algunos párrafos de su reglamento, el discurso de «el Avariósico», se convirtieron en el único tema de discusión de cuantas reuniones, íntimas o no, tienen su campo de acción en las casas, casinos, teatros y cafés madrileños. Al duque del Plátano Florido se le quiso expulsar del Círculo de la Gente Bien.

La Prensa reaccionaria reclamó de los Poderes una intervención rápida; se pidió el restablecimiento de la previa censura, que es anhelo de los déspotas, y mientras *La Luna* comentaba irónica el desarrollo de los sucesos, *El Lábaro de las Sacristías* pedía la excomunión, el exorcismo, la lluvia de fuego, y como medida de urgencia, el encarcelamiento de los socios fundadores.

«El Futbolista», vocal primero de la Directiva,

propuso acabar con los enemigos *a patada limpia*.

La templanza presidencial calmó la excitación nerviosa de su compañero.

«Carita de Angel», con acento persuasivo, declaró:

—¡Ay! Si yo conozco al autor de ese artículo. En casa de Mariano se reúne con *nosotros* los viernes. Sí, sí. Le conocemos por «Cirial de Oro».

«El doctor Fausto» aconsejó una gestión amistosa, con el voto en contra de «el Avariósico».

—¡Bah! Nos vamos a ahogar en vaselina. Mal principio.

—Pero, usted, ¿qué pretende?

—Acometividad, acometividad.

El presidente declaró:

—Señores; si no guardamos una forma correcta, si no cubrimos las apariencias, nos perderemos. Mala cosa es la soberbia.

Por último, se resolvió no dar importancia a los comentarios desfavorables.

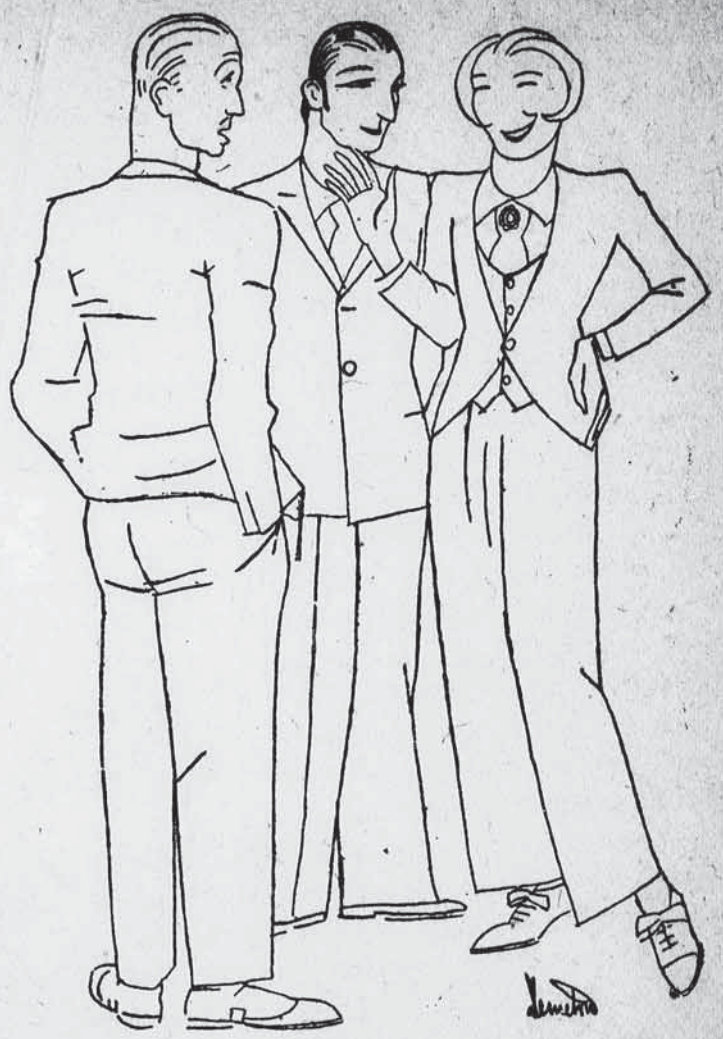
—Preocupémonos de algo más trascendental.

—¿Más que la propia seguridad en peligro?

—No sea usted exagerado, caramba—intervino «el Pollo Tejada», a tiempo que se quitaba la dentadura postiza y la limpiaba con un *polisoir*.

—Lo que interesa, y en ello nos va la vida, es organizar rápidamente nuestra asamblea.

—Y no escuchar el graznido de los envidiosos, grajos estorbadores de toda idea generosa, de toda acción útil...



—¡Ay! Si yo conozco al autor de ese artículo

—Muy bonito el párrafo—ironizó el secretario.

«Carita de Angel» intervino conciliador:

—No pelearse, camaradas; es de mal gusto.

En este punto de la junta pidió permiso para entrar el ordenanza de la presidencia, un viejo chulo que ya no podía presumir de nada, y que de su antigua gloria ya sólo le quedaba el remoquete «el Bonito».

—¿Da *vueselensia presimiso*?

—Adelante, «Bonito».

—*Acá* hay una señorita que *dise* que quiere *de hablá* con *er cónclave*.

—¿Y quién es el *cónclave*?—interrogó «el doctor Fausto».

—¿Quién va a *sé*, badajo? *Ustede*, o yo estoy *tolili perdío*...

Con una sonrisa de superioridad y de piedad el duque autorizó:

—Que pase esa señorita.

Y penetró una mujer, ya no joven, muy bien vestida. Una señorita, efectivamente, hasta que empezó a hablar:

—Ustedes van a disimular, pero servidora tiene que hacer una reclamación...

Los *macrós* se miraron dubitativos.

—¿Reclamación?—intervino el presidente.

—Natural. ¿O si no, *pa* qué narices se han reunido ustedes?

—Nos hemos reunido...

—*Pa* chupar del bote, ¿no?

—Señorita...

—Claro que señorita, ¡nos ha *tocao* las narices!

—¿Quiere usted decir el objeto de su visita?

—A eso he venido.

—Pues hable usted.

—Pero que volando. Ahora que se me ofrecerá una silla...

—Es verdad.

—Tiene usted razón.

—Perdónenos.

—¡Qué distraídos!

Ella acabó con tanta disculpa tardía.

—Distraídos y frescos.

—¡Señora!...

—Señorita... Y bueno. A lo que interesa. Servidora tiene la debilidad de querer al tío más granuja y más sinvergüenza de cuantos se reúnen en este casino...

—¡¡Señora!!...

—¿Otra vez?... Pues ese ladrón, que así lo vea yo en presidio, tras empeñarme los pendientes *toos* los días que hay corrida..., cuando es por los toros, y los días de partido, si de fútbol se trata, ahora ha salido con..., *ustés* disimulen que les interrumpa, ¡nos ha *dao* en las narices!...

—¿Por qué no dejamos quietas las naricitas, joven?—apuntó tímidamente «el Niño de las Pestañas».

—Por mí... Pues como iba diciendo...

—Diga, diga.

—*Na,* que ahora, con mi dinero, le ha puesto piso a la doncella que yo tenía; doncella..., doncella y ha *llevao* ya tres chicos a la Inclusa...

El duque del Plátano Florido indicó:

—No renunciemos al eufemismo, señora.

—¡Señorita, leñe!

—Discúlpeme... Y en definitiva, ¿qué se propone usted?

—Denunciar a ese canalla, mal nacido, que además no sirve *pa nd* de *usao* que está, y que se le ponga un castigo... Y que me devuelva lo mío... ¡Ah! Y que *tie* que abandonar a esa escrofulosa, o la hija de mi madre los hace papilla, pero que ya...

—En resumen, que usted intenta que...

—Yo intento que si se ha gastado el dinero me dé los muebles.

—Pero eso se sale de nuestras atribuciones, joven señorita—intervino «el Pollo Tejada»—. Por lo visto, hubo engaño y dolo...

—¿Cómo ha dicho *usté*?

—Dolo... Perjuicio.

—¡Ah! Sí, señor. Me ha *estafao*.

—Entonces denúncielo a la Policía.

—A la Policía, ¿*pa* qué?

—Para que procedan a su detención.

—¿Y me lo metan en la cárcel? *Ustés* no son cristianos. No, no.

—¿Qué pretende, entoces?

—Que... pues que... ¡Que me lo devuelvan a mi casa!

Y se anegó en lágrimas.

El presidente, con un gesto comprensivo, resolvió y aconsejó:

—Mire usted, se... se... señorita; el «Macró-Club» no puede hacer en contra de su querido de usted más que expulsarlo de la Sociedad.

—¿Por qué?

—Por haber dado dinero a otra persona. Un *macró* verdadero toma dinero, recibe protección; otra cosa, ¡no!

Con qué energía empleó el negativo.

—Vamos, que *ustés* no sirven *pa na.*

—Le diré...

«El Avariósico», dirigiéndose a la protestante:

—El caso de usted no está previsto en nuestros Estatutos.

—Pero se tomará en consideración y se propondrá acuerdo sobre el mismo—fueron las palabras finales del duque.

Costó trabajo decidir a la indignada hembra para que abandonase la sala, pues resuelta a que le devolvieran los muebles y el querido, se desató en improperios contra los societarios al verse desatendida en sus ruegos, tan airadamente expuestos.

—De manera que tanto postín y tanta promesa *pa na*... Lo que son ustedes es una gavilla de sinvergüenzas. *Ataos* debían estar y *engarabitaos*...

La palabra escandalizó y ofendió a los oyentes.

—Es para olvidar que se trata de una mujer.

—¿Que se iban a meter conmigo? Quisiera yo verlo. ¡A ver si hay un guapo!

«Carita de Angel» acudió.

—¿Decía usted?

—Preguntaba por un hombre.

Por fin, cuando la dialéctica fracasó, se hizo uso del clásico empellón, y la distinguida dama se vió puesta de patitas en la calle, como vulgarmente se dice.



DISTRAJERON los preparativos de la asamblea profundamente la atención de directivos y socios. Durante unos días hasta el odio del secretario hacia el presidente halló modo de ser disimulado, y la actividad multiplicada del «Macró-Club» restableció la cordialidad de relaciones en beneficio de la obra común.

Un informador desconocido, o intencionadamente ignorado, dió los nombres y domicilios de los veintitrés mil fichados. A esto, añádase más de un millar de gentes que fueron señalados por la referencia particular y puede darse una cifra exacta de las invitaciones extendidas, unas veinticuatro mil. Claro que muchos elementos ajenos al Club hemos recibido invitación, hecho que atribuimos a nuestra condición de escritores; en primer lugar, por conquistar cronistas gratuitos para

la naciente historia; también porque a los literatos se nos considera capaces de todo.

Las adhesiones recibidas, todo hay que decirlo, pasaron de seis mil, lo que demuestra, muy *estadísticamente* por cierto, que en Madrid—cerca de un millón de habitantes—hay treinta mil individuos dispuestos a ser unos solemnísimos sinvergüenzas, más o menos declarados.

No faltaron, no podían faltar, las influencias y sugestiones, intentadas cerca de los fundadores del «Macró-Club» y organizadores de la magna asamblea. Que si la moral y las buenas costumbres...; que si las conveniencias sociales...; ¡qué sé yo!

En el feudo de la Chelito, conocido por teatro Eldorado, dieron un verdadero mitin los treinta y siete socios del «Casino de los Padres de Familia», sin conseguir otra cosa que dormir aquella noche en la Comisaría por escándalo público y tener que acudir después al Juzgado municipal para responder a la popular doña Antonia de la rotura de cristales y butacas y otros desperfectos en el escenario.

El «Macró-Club» se propuso obtener un triunfo con la celebración de su asamblea y para lograrlo no reparó en sacrificios económicos, siendo el mayor una propaganda periodística que tuvo su base principal en las planas compradas al humorístico diario *La Luna* y al, hasta entoces obstinado enemigo, *El Lábaro de las Sacristías*.

Con tan meticulosa publicidad llegó el día de la

celebración de la asamblea, en que Madrid se echó a la calle como en un Jueves Santo, en un día del Corpus, en un Primero de Mayo. Hasta el comercio tuvo que cerrar.

Pero, entretanto, los enemigos laboraban en la sombra.





L primer contratiempo sobrevino pocas horas antes de la trascendental reunión en el teatro de la Opera. Un rasgo sarcástico de «el Avariósico» llevó una de las circulares a cierto domicilio *reverendísimo,* motivando la justa indignación de su eminencia, quien se apresuró a denunciar el hecho a la Policía. El «Macró-Club» estuvo a punto de ser clausurado y su presidente se pasó una noche entera en un calabozo del Juzgado de guardia.

En otro círculo bien distinto el duque del Plátano Florido se lamentaba:

—No es posible seguir de esta manera. Le hemos dado carne a las fieras. Nunca me había visto yo encarcelado hasta ahora...

—Interrumpió «el Niño de las Pestañas»:

—¡Eh, señor duque; memoria hace falta! ¿Y la quincenita por malos tratos a su coima?

—¿Qué es eso de coima?... ¡Señora!...

—Como la mía, como la de todos.

—Aquí no existe consideración... Parece mentira. Esto es un burdel...

—¡Alto ahí!—protestó «el Pollo Tejada»—. Estamos entre «caballeros».

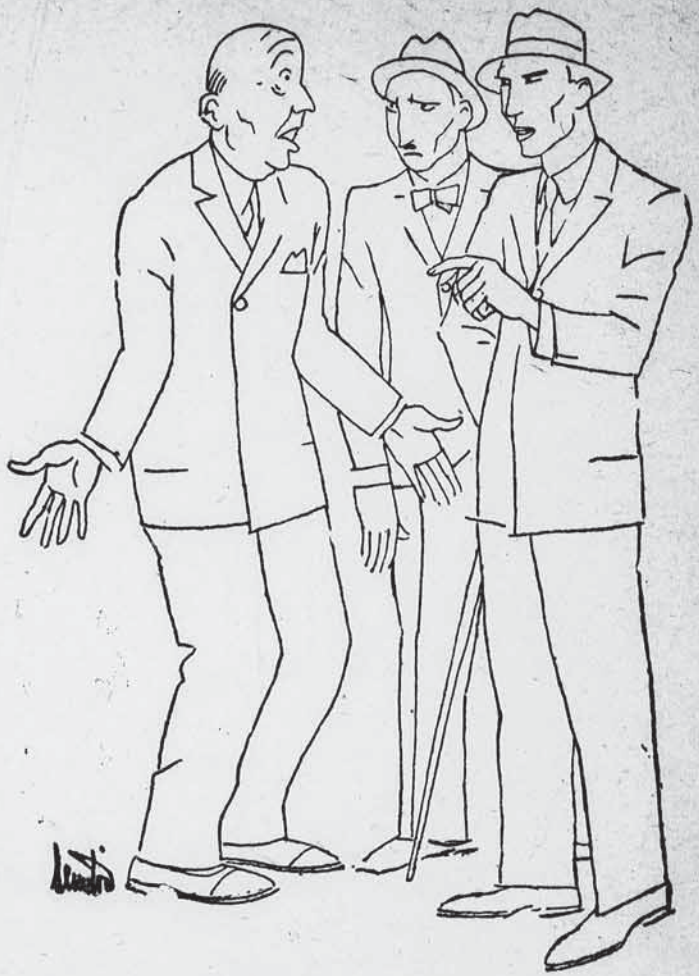
* * *

Los alrededores del teatro de la Opera ofrecían aspecto imponente. Realmente, el número de invitados era considerable; pero si se estima la afluencia de curiosos y papanatas, esos que forman la legión espectadora de los grandes desfiles, la suma de concurrentes alcanzaría una cantidad casi fabulosa: pongamos el medio millón.

El teatro de la Opera se halla construído sobre terrenos de la vieja plaza de toros, lo que se transcribe aquí para que el lector reciba impresión gráfica de la manifestación pública: abarrotado como estaba ya el teatro, la gente llegaba hasta cerca de la Cibeles, y de los otros puntos cardinales, se extendía hasta Goya, las Ventas, el barrio de Doña Carlota y la estación de Atocha, hoy llamada estación del Sur.

Como obedeciendo a una contraseña, un rumor sordo se iba extendiendo por la apiñada multitud.

—Esta curiosidad es estúpida...



—¿*Pero qué delito he* cometío, señó?

—Y degenerada.

—Nociva.

—Había que meter en la cárcel a esos sinvergüenzas.

—Veinticinco mil personas—disculpó alguien—tienen un derecho a exteriorizar su opinión.

—¡Qué absurdo! Según eso, se debe permitir una manifestación de enfermos de San Juan de Dios porque son tres mil y piden en una nueva reforma el té de las cinco.

—Eso es una exageración.

—Quizá, no.

—Deberíamos prender fuego al teatro de la Opera.

Otro advirtió:

—Lo que sí debiera arder es el «Macró-Club».

Un exaltado gritó:

—¡Mueran los *macrós!*

—¡Ay, qué dice ese hombre!—comentó un gracioso.

Y la naciente indignación se disolvió en una carcajada.



DENTRO del teatro de la Opera, la escena representaba un campo de Agramante.

He aquí, de manera concisa, cómo ocurrieron los hechos:

A las tres hizo su aparición en el escenario la Junta directiva, en la cual se notaba la falta de «el doctor Fausto» y «Carita de Angel».

«El Avariósico» refunfuñaba:

—¿Dónde estarán ésos? Hace días que se escabullen con demasiada frecuencia. Y—añadió sin disimular su asco—entre nosotros no está eso bien...

De pronto, hacia la puerta de entrada se inició un tumulto: empujones, voces, insultos, lamentos; una bofetada, otra... y escándalo. Penetró la fuerza pública y desalojó parte del local; mas, con motivo de nueva entrada, se reprodujo el alboroto.

De él, como de entre las espumas de la marea, queda el molusco sobre la arena de la playa, así «Carita de Angel» y «el doctor Fausto» pudieron arribar a la presidencia con las corbatas y americanas desgarradas.

En aquel instante, un señor barbudo saltó al escenario y con voz tonante, ademán colérico, anatemizó:

—Por boca de un honrado padre de familia, os digo que...

Y volviéndose al público:

—¡Vivan los padres de familia!—clamó.

Campanillazos del presidente y nuevos gritos:

—¡Abajo los chulos!

—¡A quemar el teatro!

—¡Arrastrarlos!

—¡Vivan las personas decentes!

El delegado de la autoridad suspendió el acto. «El Avariósico» se rebeló.

Y la Junta directiva en pleno fué detenida.

Entretanto, en el «Macró-Club» se habían presentado varios agentes secretos con un mandamiento judicial. Irrumpiendo en los salones del flamante casino, arrollaron la débil resistencia de «el Bonito», a quien por poco lo escabechan, y llegaron al despacho presidencial, donde procedieron a incautarse de las listas de socios, documentación, sellos, etc. Después sacaron al conserje de su desmayo y le espetaron esta alarma:

—La gente viene hacia aquí. Va a quemar la

casa. Pronto. Ponga usted papeles en los balcones como si estuviera el piso desalquilado y desaparezca usted.

Un agente opinó:

—Lo mejor será llevárnoslo detenido.

—¿A mí? ¿Pero qué delito he *cometío, señó?*





A noticia de la prisión de la Directiva llevó más velocidad que transmitida por radio.

Se organizaron grupos de gente joven juerguista que se esparcieron por las calles con un estribillo coreado:

Una voz.—¿Adónde vas, Jesús?

Otra.—A la asamblea.

El coro.—¡Ay, qué tío!

Pero un grupo más numeroso, con malos instintos, se dirigió a la casa del barrio de Argüelles, y a pesar de los papeles en los balcones, prendió fuego al edificio, haciéndole crujir con lamentos de madera vieja.

Los directores de periódicos se reunieron para silenciar los hechos y el juez de guardia ordenó el procesamiento de los ocho señores directivos, contra los cuales se dictó orden de prisión.

Para hacer olvidar al pueblo la ingrata memoria de aquellos días, organizó el Ayuntamiento una verbena extraordinaria en los antiguos Viveros de la Villa, ahora Parque urbano de Alejandro Lerroux, y el popular diario *La Calle* anunció las bases de un concurso para premiar a la pareja juvenil que presentase un proyecto de vida futura más independiente y más digno, según el cual, cada hijo de vecino se debía procurar su independencia económica sin detrimento de su compañero, consiguiéndose con esta reforma un porvenir menos oneroso; y así, entre los hombres y las mujeres, los motivos de unión serían más nobles y desinteresados.

Pero, al final, una nota desconsoladora: el célebre fichero del Ministerio de Seguridad Pública ha aumentado de una manera alarmante: el número de sus fichas es ya de setenta mil, lo que obliga a honda meditación: está visto que eso del *macroquismo* tiene, al parecer, profundidad racial. Claro que siempre tendremos el consuelo de pensar cómo están las naciones extranjeras...

FIN

LA NOVELA SUGESTIVA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

UNIÓN POSTAL		OTROS PAÍSES	
Año.....	Pts. 24	Año.....	Pts. 40
Semestre	» 12	Semestre	» 24

PAGO ANTICIPADO

Los números atrasados se venden al mismo precio que los corrientes

Para reclamaciones por deficiencias de servicio, diríjanse a

PRENSA MODERNA

Apartado 8.012

MADRID